

TRIDUO

AL SANTISIMO CRISTO DE LA MISERICORDIA

En el misterio pascual, Dios Padre, por medio del Hijo en el Espíritu Paráclito, se ha inclinado sobre cada hombre ofreciéndole la posibilidad de la redención del pecado y la liberación de la muerte". (Juan Pablo II)

«Y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz; Por lo cual Dios lo exaltó y le dio el Nombre que está sobre todo nombre». (Flp 2, 8-9)

En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo

R. / Amén.

Oración inicial para todos los días:

Oh Dios de bondad inefable que has querido manifestar en los brazos abiertos de tu Hijo sobre la Cruz el signo indeleble de tu amor por la Humanidad, mira con bondad a este pueblo tuyo que venera el Misterio de la Muerte y Resurrección de tu Hijo como fuente de Vida y Esperanza. Haz brillar sobre él la luz de tu rostro y concédele tu favor para que, consolado por el anuncio de la Buena Nueva, pueda dar un testimonio valiente de la resurrección de tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu santo, por los siglos de los siglos.

R. / Amén.

HIMNO A CRISTO REDENTOR:

Tú, Señor, has sido asesinado en Abel,
tú fuiste atado en Isaac y vendido en José,
abandonado sobre las aguas en Moisés;
perseguido en David y despreciado en todos los profetas.

Tú eres el Cordero que no abre boca,
el Cordero nacido de María,
el que golpeó a Egipto y salvó a Israel por tu sangre.

Tú eres el que vino de los cielos a la tierra a causa del que sufría,
tomando sobre ti sus sufrimientos al tomar un cuerpo capaz de sufrir.
Tú eres el que destruyó los sufrimientos de la carne,
matando, con tu espíritu que no puede morir, a la muerte homicida.

Tú has cubierto de vergüenza la muerte,
tú has llenado de luto el infierno;
has golpeado la iniquidad,
has privado a la injusticia de sus hijos.
Como Moisés al Faraón.

Tú nos has pasado de la esclavitud a la libertad;
de las tinieblas a la luz;

de la muerte a la vida,
de la tiranía al reino eterno.

Tú eres la Pascua de la Salvación.
Tú eres el que se encarnó en una virgen,
el que fue suspendido en un madero,
el que fue enterrado en la tierra,
el que resucitó de entre los muertos,
el que fue arrebatado a las alturas de los cielos.

Tú fuiste cogido del rebaño,
conducido al sacrificio, inmolado por la tarde;
sepultado en la noche,
sobre la Cruz no te fue roto ningún hueso,
ni en la tierra experimentaste la corrupción.

Tú, resucitado de la muerte,
has hecho resurgir la humanidad de lo profundo del sepulcro.

Tú, habiendo sufrido por el que sufría,
atado por el que estaba detenido,
juzgado por el culpable,
sepultado por el que estaba enterrado,
resucitaste de entre los muertos y clamaste en voz alta:

*”Yo, he destruido a la muerte,
he triunfado del enemigo,
he pisoteado el Infierno,
he maniatado al fuerte.*

*Venid, pues, todas las familias de hombres manchadas por los pecados.
Recibid el perdón de los pecados.*

*Porque yo soy vuestro perdón,
yo la Pascua de la salvación,
yo el cordero degollado por vosotros,
yo vuestra redención,
yo vuestra vida,
yo vuestra resurrección,
yo vuestra luz,
yo vuestra salvación,
yo vuestro rey.*

Yo os llevaré a las alturas de los cielos.

Yo os mostraré al Padre que existe desde los siglos.

Yo os resucitaré por medio de mi diestra.»

Amén.

(Inspirado de la Homilía pascual de Melitón de Sardes)

DÍA PRIMERO

Oración inicial.

Oh Dios Padre todopoderoso, que has querido realizar la salvación de todos los hombres por medio de tu Hijo, muerto en la Cruz y resucitado de la muerte, concédenos te rogamos, a quienes hemos conocido en la tierra este misterio, alcanzar un día en tu reino los premios de la redención por Jesucristo nuestro Señor.

R. / Amén.

PRIMERA PALABRA DE CRISTO EN LA CRUZ

"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"
(Lc 23,34)

Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

R. / Pues por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador.

Aún ultrajado e humillado, con todo perdido, escándalo y vergüenza para los suyos, Cristo en la cruz sabe llegado el momento de depositar toda su confianza, su último suspiro en las manos de su *Abbá*, de su padre.

En su mirada no hay desprecio ni reproche, no condena a nadie ni aún por el dolor y el sufrimiento que voluntariamente le causan. En los ojos de Cristo brilla la misericordia de un Dios que no sólo perdona sino que justifica, que nos da una nueva oportunidad, que borra el legado de maldad y la culpa para darnos la posibilidad de empezar una vida nueva.

Desde lo alto de la cruz resonó la palabra: "¡Perdón!"

Cristo del amor crucificado, que miras con amor a todos los hombres, ten misericordia de nosotros.

R. / Ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro que estás en los cielos...

Dios te salve María...

Gloria...

CANTO:

***"En verdad te digo que hoy mismo
estarás conmigo en el Paraíso"***

(Lc 23, 43)

Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

R. / Pues por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador.

Frente al escándalo de la cruz todos somos tentados de pedir al Señor que nos muestre su poder haciéndonos descender de ella, olvidándonos que, por su amor hacia nosotros, Dios mismo se hace presente y se deja clavar en nuestra cruz de cada día. El crucificado puede ser un escándalo cuando nuestra mirada se reduce a las cosas de este mundo: al tener, al ser al poseer... pero puede ser también nuestra salvación si miramos con los ojos del buen ladrón.

¿Qué vio tal malhechor en el rostro escupido, amoratado, ensangrentado y golpeado de aquel de quien todos se reían para reconocerlo como Rey y Señor? ¿Qué mirada es esta que permite reconocer la gloria de Dios donde nosotros tan sólo vemos sufrimiento y angustia?

Cristo ha mostrado en la cruz la cercanía de nuestro Dios; de un Dios que sufre injustamente nuestra misma suerte -a causa de nuestros pecados- para darnos la posibilidad de acceder a una vida nueva, a un reino nuevo, donde la muerte no tendrá la última palabra. Su agonía es nuestra esperanza y en sus brazos abiertos brilla el amor de un Dios que tanto nos amó... que tanto nos ama... que tomó nuestra carne para asegurarnos que Él, el Emmanuel, estará con nosotros, todos los días, hasta el fin del mundo...

Cristo del amor crucificado, Rey de la vida nueva, Ten misericordia de nosotros.

R. / Ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro que estás en los cielos...

Dios te salve María...

Gloria...

CANTO: *"In Paradisum"*

DÍA SEGUNDO

Oración inicial.

Oh Dios Hijo unigénito del Padre, que en tu obediencia total a la voluntad del Padre has mostrado a los hombres una luz nueva y el único camino de la Salvación, concédenos, te rogamos, poder servirte tan fielmente que merezcamos gozar un día de aquella luz en la que tú habitas eternamente. Tú, que vives y reinas en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios, por los siglos de los siglos.

R. / Amén.

TERCERA PALABRA DE CRISTO EN LA CRUZ

"Mujer, ahí tienes a tu hijo. Ahí tienes a tu Madre"

(Jn 19, 26-27)

Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

R. / Pues por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador.

Jesús, en su pasión, se ha visto despojado de todo. En el Calvario sólo le queda su Madre.

María está al pie de la Cruz -la sola con el Solo- sosteniendo con su mirada la del Hijo crucificado. El Hijo evoca la estela de recuerdos de Nazareth, de Caná, de Jerusalén; quizá revive los momentos del tránsito de José, y luego de su alejamiento de Ella, y de la soledad en la que vivió en los últimos años, soledad que ahora se va a acentuar. María, a su vez, considera todas las cosas que a lo largo de los años *'ha conservado en su corazón'*, y que ahora comprende mejor que nunca en orden a la cruz. El dolor y la fe se funden en su alma. Y he aquí que, en un momento, se da cuenta que desde lo alto de la cruz Jesús la mira y le habla, y le pide que acepte definitivamente la ofrenda que Él hace de Sí mismo como víctima de expiación, pero también le pide que acepte ser entregada como madre del mundo entero.

Cristo da todo lo que tiene, y nos entrega a su propia madre pidiéndonos que la acojamos en nuestro corazón, en nuestra propia casa: que la sintamos como Madre y que la tratemos como Madre, dejándola que nos forme en la verdadera docilidad a Dios, en la verdadera unión con Cristo, y en la caridad verdadera con el prójimo.

Es como si Jesús nos dijera: *'Ámala como la he amado yo'*. Ella es la que ha acogido la Palabra y la ha puesto en práctica; Ella es la humilde sierva, siempre dispuesta a hacer la voluntad del Señor; Ella es la que sabe perseverar al pie de la Cruz con el corazón desgarrado pero cierto de la fidelidad del Señor. Acogerla a Ella es dejarle ser nuestra Madre, es dejarse engendrar de nuevo para ser dóciles a la voz del Creador... por que nada hay imposible para Dios.

Cristo del amor crucificado, que nos das todo en la cruz, ten misericordia de nosotros.

R. / Ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro que estás en los cielos...

Dios te salve María...

Gloria...

CANTO: *"Mientras recorres la vida, tú nunca sólo estás (Santa María del Camino)"*

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"
(Mt 27, 46)

Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

R. / Pues por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador.

En la hora del Calvario Jesús pronuncia espontáneamente aquella pregunta que el Salmista hace a Dios en el salmo 21 al sentirse agotado por el sufrimiento. Cristo se muestra, pues, plenamente solidario del hombre pecador al experimentar por sí mismo el estupor de la ausencia de Dios, de su silencio, de su abandono... Su "¿por qué?" es un grito elevado al cielo que se convierte en oración, enseñándonos a dirigirnos al Padre, aún en las circunstancias de mayor abandono y desesperación con confianza filial y sin reproche alguno a la voluntad del Padre.

Cristo ha aceptado ser el primero de los *humillados y ofendidos*, el primero de los *abandonados*, el primero de los *desamparados*, pero que al mismo tiempo nos dice que sobre todos estos pobres hijos de Eva vela la mirada benigna de la Providencia auxiliadora.

En realidad, aunque prueba el sentimiento de verse abandonado por el Padre, Cristo sabe, sin embargo, que no está solo en absoluto. Pero conviene que Jesús experimente este silencio del Padre: un silencio que pesa como la pena más gravosa, tanto más cuanto que los adversarios de Jesús consideran aquel silencio como su reprobación: *'Ha puesto su confianza en Dios; ¡que le salve ahora, si es que de verdad le quiere!'*

Jesús sabía que era necesario llegar hasta ahí, que, si el pecado es la separación de Dios, Él debía probar en la crisis de su unión con el Padre, un sufrimiento proporcionado a esa separación. Por eso acepta esta prueba seguro y cierto de la fidelidad de su Padre. Por eso su grito comienza recitando un Salmo que, quizás, continuó diciendo mentalmente durante la pasión, y del cual no ignoraba su conclusión, que se transforma en un himno de liberación y en un anuncio de salvación dado a todos por Dios.

¡Ésta es su fuerza, ésta es la fuerza de la Iglesia! La de saberse plena de esperanza, la de confiar ciegamente en Aquel que nos amó hasta el extremo, hasta querer experimentar por sí mismo todo aquello que es capaz de desesperarnos, para así mostrarnos su victoria y dar sentido a todos nuestros sufrimientos.

Cristo del amor crucificado, que has sido plenamente solidario de todos los hombres, ten misericordia de nosotros.

R. / Ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro que estás en los cielos...

Dios te salve María...

Gloria...

CANTO: *"Ob Señor, delante de ti"*

DÍA TERCERO

Oración inicial.

Oh Dios Espíritu Santo, que has manifestado en la Cruz de Cristo el misterio del Amor en el que habitas y por el que has abierto a los hombres el camino de una Vida nueva, concédenos, te rogamos, que contemplando el inmenso sacrificio del amor crucificado podamos obtener fuerzas nuevas para dar testimonio de tu amor por los hombres y así gozar un día de las bienaventuranzas. Tú que vives y reinas, por los siglos de los siglos.

R. / Amén.

QUINTA PALABRA DE CRISTO EN LA CRUZ

"Tengo sed"
(Jn 19, 28)

Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

R. / Pues por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador.

En su sed, Cristo moribundo busca otra bebida muy distinta del agua o del vinagre: como cuando en el pozo de Sicar pidió a la samaritana: *"Dame de beber"*. La sed física, entonces, fue símbolo y tránsito hacia otra sed: la de la conversión de aquella mujer. Ahora, en la cruz, Jesús tiene sed de una humanidad nueva, como la que deberá surgir de su sacrificio, para que se cumplan las Escrituras. La sed de la cruz, en boca de Cristo moribundo, es la última expresión de ese deseo del bautismo que tenía que recibir y del fuego con el cual encender la tierra, manifestado por él durante su vida.

Cristo tiene sed de una humanidad nueva, de una caridad nueva, de un corazón de carne que sustituya nuestro corazón de piedra. Cristo tiene sed de ver cumplidas las promesas que Dios hizo a nuestros padres. Ahora se va a cumplir ese deseo, y con sus palabras Jesús nos prepara para abrirnos a todos nosotros la fuente del agua que sacia y salva verdaderamente: el agua del espíritu que manará de su costado y que dará a luz un pueblo nuevo, la Iglesia. Un pueblo nacido de nuevo, nacido de su corazón... Un pueblo que se sabe amado, perdonado y re-engendrado. Un pueblo capaz de amar como Cristo amó y ama al Padre.

Cristo tiene sed de una humanidad, ¡la nuestra!, regenerada y convertida ella misma en manantial de vida para los demás. Él sabe que nosotros no poseemos nada capaz de saciar su sed: sed de amor total y de eternidad; Él sabe que, abandonados a nosotros mismos, nuestra vida es un desierto. Pero, en su sacrificio, Él se sabe porteador de un agua nueva que puede saciar nuestros corazones para siempre y nos repite desde la cruz las palabras que dirigió a la Samaritana: *"Si supieras quien es el que te pide de beber, tú misma le pedirías agua viva y él te la daría"*

Cristo del amor crucificado, que sabes saciar nuestros corazones, ten misericordia de nosotros.

R. / Ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro que estás en los cielos...

Dios te salve María...

Gloria...

CANTO: *"Un mandamiento nuevo..."*

"Todo está cumplido"
(Jn 19,30)

Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

R. / Pues por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador.

Cristo es consciente de haber cumplido hasta el final la obra para la que fue enviado al mundo. No es tanto la conciencia de haber realizado sus proyectos, cuanto la de haber efectuado la voluntad del Padre en la obediencia que le impulsa a la inmolación completa de Sí en la cruz. Ya sólo por esto Jesús moribundo se nos presenta como modelo de lo que debería ser la muerte de todo hombre: la ejecución de la obra asignada a cada uno para el cumplimiento de los designios divinos.

La verdadera felicidad está en hacer la voluntad del Padre. La muerte es el último acto, el definitivo y decisivo, del cumplimiento de esta voluntad. Jesús nos lo enseña desde la cruz. Desde ella Él nos muestra la verdadera naturaleza del hombre, el hombre perfecto: *Ecce Homo*, aquel que no tiene miedo a abandonarse en los brazos de un Dios que es Padre, de un Dios que quiere su felicidad y que le ha prometido la vida eterna. Cristo nos muestra el camino hacia el Reino: ¡descansar en la voluntad del Padre! Como Él mismo ha hecho, de modo que su sacrificio ha sido redentor y ha dado sentido a todos nuestros sufrimientos. Con su obediencia ha abierto para nosotros una nueva manera de vivir sin miedo a la muerte porque nos sabemos amados y acompañados por Aquel que es la vida.

La Cruz de Cristo nos enseña una manera nueva de amar que cumple el plan de Dios en nuestra historia, porque con ella el Reino de los Cielos ha llegado ya.

Cristo del amor crucificado, obediente hasta la muerte, ten misericordia de nosotros.

R. / Ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro que estás en los cielos...

Dios te salve María...

Gloria...

CANTO: *"Ubi Caritas"*

"Padre, en tus manos pongo mi espíritu"
(Lc 23, 46)

Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

R. / Pues por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador.

Si por un momento Jesús ha tenido y sufrido la tremenda sensación de ser abandonado por el Padre, ahora su alma actúa del único modo que, como Él bien sabe, corresponde a un hombre que al mismo tiempo es también el '*Hijo predilecto*' de Dios: el total abandono en sus manos. Jesús se abandona en su Padre con palabras que pertenecen al Salmo 30: el Salmo del afligido que prevé su liberación y que da gracias a Dios que la va a realizar

Por eso la muerte de Jesús es la muerte del Hijo, que muere en perfecta conformidad con el querer del Padre, con la finalidad de amor que el Padre le ha confiado y que el Hijo conoce bien.

El Salmista, afectado por la desventura y afligido por el dolor, pone su espíritu en manos de Dios para huir de la muerte que le amenaza. Jesús por el contrario, acepta la muerte y pone su espíritu en manos del Padre para atestiguarle su obediencia y manifestarle su confianza en una nueva vida. Su abandono es, pues, más pleno y radical, más definitivo.

Ha habido un momento de desolación, en el que Jesús se ha sentido sin apoyo y defensa por parte de todos, incluso hasta de Dios: un momento desolador; pero ha sido superado pronto gracias al acto de entrega de Sí en manos del Padre, cuya presencia amorosa e inmediata advierte Jesús en lo más profundo de sí mismo, ya que Él esta en el Padre como el Padre está en Él, ¡también en la cruz!

Su entrega y abandono en las manos del Padre nos muestran el camino para ser verdaderos hijos de Dios: abandonarnos en la voluntad de Dios como un niño pequeño en los brazos de su madre. El amor de Dios no defrauda y la Resurrección de Cristo es la prueba.

Cristo del amor crucificado, que confías todo tu ser al amor del Padre, ten misericordia de nosotros.

R. / Ten misericordia de nosotros.

Padre Nuestro que estás en los cielos...

Dios te salve María...

Gloria...

CANTO: *"Padre me pongo en tus manos..."*

TEXTOS COMUNES PARA ACABAR EL TRIDUO EN CADA UNO DE LOS DIFERENTES DÍAS

Oración final para todos los días

Dios de infinita bondad y misericordia, que te has complacido en el sacrificio redentor de tu Hijo Jesucristo, mostrando así al mundo la victoria de la vida sobre la muerte y abriendo para tu pueblo un camino de humildad y de salvación, te pedimos envíes sobre nosotros esa misma gracia que mostraste en tu hijo Jesucristo para que, sabiéndonos acompañados de tu presencia paternal todos los días de nuestra vida, podamos aceptar y amar tu voluntad y seamos testigos de tu amor y de la resurrección en medio de nuestra generación. Te lo pedimos por Jesucristo, tu hijo obediente hasta la muerte y nuestro Señor, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y que es Dios, por los siglos de los siglos.

R. / Amen.

GOZOS A CRISTO MISERICORDIOSO

PUES POR MÍ ESTÁIS SEÑOR,
CLAVADO EN TAN HUMILLANTE MADERO
DADME UN AMOR VERDADERO
COMPARABLE A VUESTRO AMOR.

Sois despojado y desnudado
y aceptáis con humildad
mostrar vuestra humanidad
en un cuerpo lacerado
maltratado y golpeado,
sediento de más amor.

DADME UN AMOR VERDADERO
COMPARABLE A VUESTRO AMOR.

Vuestras manos misericordiosas
reciben el golpe certero
que las clavan al madero
haciéndolas más hermosas
pues muestran orgullosas
el amor del Creador.

DADME UN AMOR VERDADERO
COMPARABLE A VUESTRO AMOR.

Vuestros pies peregrinos y mensajeros
son clavados a la Cruz
y en vuestra quietud
se asombra el mundo entero
pues descubre al Dios verdadero
encarnado en el dolor.

DADME UN AMOR VERDADERO
COMPARABLE A VUESTRO AMOR.

Abandonado de toda compañía,
dulce Cristo sin consuelo,

al mirar hacia el suelo,
encontráis los ojos de María
que os sostiene en vuestra agonía,
¡digna Madre del Redentor!
DADME UN AMOR VERDADERO
COMPARABLE A VUESTRO AMOR.

Sois por el orgulloso ladrón tentado
a bajaros del madero
donde salváis al mundo entero
con vuestro amor entregado.
Mas sois por el humilde ladrón aclamado
Rey victorioso y Redentor.
DADME UN AMOR VERDADERO
COMPARABLE A VUESTRO AMOR.

Con vuestro último aliento
ponéis en el Padre toda confianza
mostrando al mundo la esperanza
que nos hará gozar del cielo.
Os mostráis Dios supremo
al morir de tanto amor.
DADME UN AMOR VERDADERO
COMPARABLE A VUESTRO AMOR.

Dios de Misericordia, dulce Cristo del amor,
que en la Cruz sois esperanza y guía
de esta humilde Cofradía
que os venera con fervor;
puesto que sois su buen Pastor
mostradle el camino de la vida

PUES POR MÍ ESTÁIS SEÑOR,
CLAVADO EN TAN HUMILLANTE MADERO
DADME UN AMOR VERDADERO
COMPARABLE A VUESTRO AMOR.

(Si el Triduo es presidido por un ministro ordenado puede, en este momento, impartirse la bendición, salvo si el Triduo se celebra al interior de la santa Misa)

Bendigamos al Señor,

R. / Demos gracias a Dios.